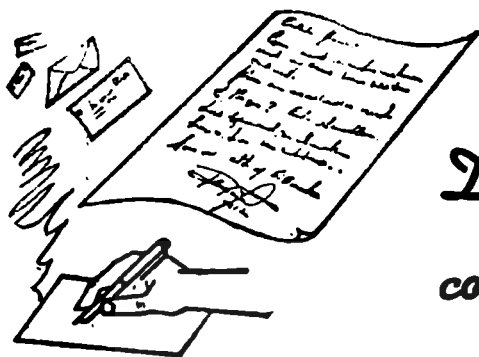




Dialogando con nuestros lectores

Necesidades emocionales del niño

Angel de Arín Ormazábal S. J.

Es frecuente hoy que los padres y madres se lamenten de lo difícil que es educar a los hijos. Muchos y muchas quisieran dejar toda esta tarea a los educadores religiosos. Pero ¿no incluye la paternidad como inalienable e insustituible obligación la educación de sus hijos. ¿Dónde estará el primer fallo?

1.—Principales generales

Todo hijo tiene derecho a ser un niño feliz, y después un adulto seguro y ajustado a su medio cultural.

Para ello Dios le ha dotado de una serie de potencialidades, presentes ya de un modo embrionario en el momento de su nacimiento, y que, al modo de las semillas, deberán desarrollarse lenta y progresivamente hasta dar lugar a una personalidad.

Procurar que tales potencialidades se desarrollen adecuadamente, hasta constituir una personalidad armónica, es gran responsabilidad de los padres, primero, y de los educadores, después.

Ciñéndonos principalmente, al ambiente de la familia, diremos que este gran papel se cumplirá, primordialmente, si se crea un ambiente hogareño hábil para satisfacer **las necesidades emocionales del niño**.

Hemos rehuído los términos de “derechos” o “conveniencias” y hemos escogido sistemáticamente el de “necesidad” porque se trata de una verdadera necesidad.

Tan necesario es al desarrollo de la personalidad del niño lo emocional, como pueden serlo al cuerpo los alimentos.

Alguien nos preguntará por qué precisamente nos fijamos en lo emocional. La pedagogía, que es, ni más ni menos la ciencia de la educación, aunque no pocas la hayan confundido desgraciadamente con una verdadera

técnica de la enseñanza, suele distinguir en la persona humana una serie de "vidas": la vida "física", la vida "intelectual", la "emocional", la "sobrenatural"... En realidad, estas cuatro "vidas" integran la persona humana, de una manera bastante completa. Es fácil reducir a cualquiera de estas cuatro los otros aspectos que pueden presentarse en la personalidad humana.

Cuando se alimenta al niño o se le medica, se atiende a su vida física.

Cuando se le manda a la escuela o al Colegio, para que se le instruya, se mira a su vida intelectual.

Cuando se le bautiza y se le enseñan las prácticas piadosas, se presta atención a su vida espiritual o sobrenatural.

Cuando...

La esfera emocional es la de los sentimientos, y es la más importante del desarrollo de la personalidad.

En realidad de verdad, cuando la esfera emocional se ve perturbada padece hasta el rendimiento intelectual; el cuerpo sufre fácilmente trastornos en sus funciones biológicas y la misma vida religiosa se ve envuelta en el remolino afectivo de los sentimientos enfermizos.

De ahí la importancia de la buena educación de los sentimientos.

2.—Jerarquía y valor de los sentimientos emocionales del niño.

El primer sentimiento, indispensable en el desarrollo de la personalidad humana, y que ha de cuidarse con especial esmero en el niño es **el sentimiento del amor**. El niño, antes que nada, **necesita cariño**.

Para el logro de una personalidad sana y armónica, para poder llegar a ser feliz en el futuro, para poder saber convivir adecuadamente con el prójimo en la vida adulta, el niño necesita indefectiblemente de cariño de, por lo menos, una persona adulta.

Esta necesidad empieza a presentarse desde los primeros momentos del nacimiento. Están muy equivocados los padres de familia, que creen que el niño, en sus primeros meses, no es capaz de sentir el amor de los padres (fundamentalmente de la madre) a través de los primeros contactos suaves, del manejo tierno y cuidadoso, de la paciencia (¡oh mágica palabra) en la administración de las tomas de los alimentos y de la limpieza.

Más tarde, pero poco más tarde, influye enormemente la tolerancia de parte de los padres de las deficiencias e incapacidades naturales del niño. Una madre, por ejemplo, que contempla con tranquilidad, por lo menos exterior, el hecho de que su hijo de un año "moje" la cama o los pantalones, que no se muestra desesperada y ansiosa con el problema de la inapetencia o dificultad en el comer de sus hijos, que apresura y angustia al niño en su aprendizaje, es una madre que se está comportando amorosamente. Y el niño, no lo duden las madres, percibe este amor y lo asimila.

Andando el tiempo habrán de venir las muestras de cariño, la paciencia, la tolerancia y el sacrificio si es necesario. Todo ello es amor del bueno.

Mediten las madres y los educadores, pero sobre todo las madres, esto que vamos a decir y aténganse a ello. **El niño necesita sentir que se le quiere independientemente de sus buenas o malas acciones.**

Lo que está muy lejos de significar que repudiemos el premio y el castigo, cuando uno y otro se han merecido. Se puede castigar (se puede, hemos dicho, no que sea fácil) y dar al mismo tiempo sensación de que se le quiere.

Y es que mucho más importante que el castigo es la forma en que se lo practica. Una de las cosas que nunca, nunca, deben descuidar las madres es la expresión de sus ojos. Una mirada dura puede implicar más rechazo que una penitencia.

Escasas consecuencias traerán el terror y hasta la injusticia aislada, si detrás de ellos se percibe un genuino amor, si el niño se siente querido.

3.—Falsas formas de cariño

El mimo. Entendemos por mimo, el consentir exageradamente a un niño: el tolerarle todo, aunque sus acciones perjudiquen a un tercero: el hacerle sentirse dueño del universo, sin respeto a nadie ni a nada: el llenarlo de juguetes, anticipándose a los deseos del mismo... Nada de eso es amor... Detrás de todo ello hay un profundo egoísmo de los padres, y en el fondo quieren manejar al hijo como si fuera un juguete de ellos, sin respeto a la individualidad. No por eso el niño querrá a sus padres. Ni se sentirá querido por ellos. ¡Y qué bien capta el niño este error!

La ansiedad. Son dos cosas distintas, una de otra, el ocuparse y el preocuparse. La madre debe proteger al niño, pero nunca sobreprotegerlo. Evitarle los peligros, pero no mostrarse miedosa. Porque contagiará al niño sus miedos. Debe interesarse de la salud del hijo, pero no convertirlo en un "vicioso de las vitaminas", en un temeroso de la enfermedad y de la muerte. Debe interesarse en las actividades del hijo, pero no aparecer ante sus ojos con un alguacil que vigila y fiscaliza todos sus pasos... y hasta sus pensamientos.

Regalo maternal. Muchos padres incapaces de sobreponerse a la neurosis del amor, tratan de expresarlo o suplirlo con dones y regalos. Sin embargo, nada sustituye el verdadero y auténtico amor. **El cariño sólo se logra con cariño.**

El problema de los juguetes es importantísimo pero no estriba la cosa ni en el número ni siquiera en la calidad de los juguetes. Lo importante es dárseles con cariño y sobre todo ser capaces de jugar con el muchacho. El que lo haga cosecharía mejores resultados que si gasta millones en muchos y muy caros juguetes. Es este un capítulo descuidado, que, sin embargo, tiene una gran trascendencia en la formación del sentimiento de austeridad y solidaridad.

El sacrificio sistemático. Aunque la medida del amor es el sacrificio, y quien más ama está más expuesto a sacrificarse, no es cierto que el amor tenga que ser expresado siempre ni principalmente a base de un permanente sacrificio. El padre que siempre se muestra ante sus hijos como la víctima inmolada, sólo consigue inspirarle lástima, y daña seriamente sus emociones. Lo único que conseguirá es infiltrar en sus vidas un sentimiento de tragedia y de tristeza.

Si las cosas marchan bien, el niño aprende, primero a ser querido y luego a querer. El niño es incapaz de amar por sí mismo. El amor y el cariño no son sentimientos instintivos. **A amar sólo se aprende cuando se siente uno querido.**

Si este enlace emocional amoroso con los padres no logra establecerse, el muchacho enfrentará serias dificultades en las relaciones con el prójimo, primero en la vida de estudiante, después en la vida adulta, y más tarde aún, en la misma vida conyugal.

—Desconfiará fácilmente del prójimo, y consiguientemente, será **celoso**, con todos los trastornos emocionales que este sentimentalismo enfermizo lleva aparejados.

—Desconfiará de su propia capacidad de ser amado que es el verdadero fondo del problema.

—Desconfiará de la gente y hasta del mismo Dios, porque Dios no podrá amarlo tal como es él.

—Encontrará impedimentos para querer a otros y para expresarles su cariño.

—Sufrirá dificultades en su vida sexual.

—Se sentirá profundamente infeliz e inseguro y reaccionará siempre con **rencor y celos** hacia la persona que, según él, le priva de su satisfacción fundamental de amor.

—No se ajustará a la convivencia con sus hijos, porque su rencor lo volcará sobre sus maestros y compañeros.

—Ignorará toda la vida los altos ideales de bondad y altruismo.

—En el matrimonio será el eterno insatisfecho.

Será casi imposible que se ajuste a la vida sobrenatural, a la práctica de la piedad, porque también en ese terreno se sentirá profundamente inseguro.

—Lo que cuenta, pues, es el sentimiento real de los padres, el legítimo cariño.

4.—Seguridad

Para el hombre seguro, la vida es una aventura agradable, lleno de experiencias interesantes. Su vivir es un perpetuo enriquecerse de valores espirituales. Atraviesa la infancia y la adolescencia y penetra en la edad adulta con paso firme. Los estudios, el trabajo y el matrimonio son empresas que aborda sin miedo y de todas ellas saca provecho y placer a la par.

Estamos conformes con que por muy segura que se siente una persona, sabe perfectamente que la seguridad es relativa. El mañana es incierto, los medios humanos son realmente falibles, la vida misma es realmente efímera y la enfermedad y la muerte pueden sobrevenir... La inseguridad pertenece a la esencia misma de la vida humana. El hombre se **siente** seguro, pero se **sabe** inseguro.

Pues bien, al niño inseguro por sus sentimientos, hay que hacer que se sienta seguro. ¿Cómo? **Basta con que el hogar sea estable.** Para el niño no hay más mundo que el hogar. Para ello tienen que desaparecer, completamente, las peleas entre los padres, las lamentaciones perennes de uno o de ambos; los miedos; las preocupaciones expuestas a los niños; los malos ejemplos; la falta de cariño o de autoridad, etc.

Tratemos en este apartado los **miedos** y las **preocupaciones**.

Los miedos. El miedo puede surgir en la infancia de tres maneras: por **enseñanza**, por **inducción**, o por **inspiración**.

Se enseña un miedo cuando de un modo voluntario y deliberado se asusta a un niño con la imagen del "coco", con la oscuridad, con cuentos de aparecidos, etc. O cuando se le amenaza con el médico, con las inyecciones o con las medicinas.

La táctica es pésima. Todo cuanto se obtenga así es contraproducente. Hay que razonarle simplemente la conveniencia de que se deje poner inyecciones, etc.

Se induce al miedo con el ejemplo. Es decir, cuando se le contagia la ansiedad de los mayores. La madre que cuida y vigila exageradamente al niño por temor de que se caiga; la que no lo deja jugar con los demás niños de su edad por miedo a que le den un golpe; la que se agobia por el menor percance... todas ellas están incubando adultos miedosos.

Pero lo que más es la **actitud frente a la vida**. Los padres inseguros contagian su inseguridad a sus hijos.

Pero el más grave de los miedos es el que se inspira. Se trata de que los padres inspiren miedo a ellos mismos.

Las preocupaciones. Son muchos los padres que no se cuidan de no hacer llegar a sus hijos pequeños sus propias preocupaciones; no se percatan del terrible daño que hacen con ello en un alma impreparada aún para sentir y aceptar las tremendas responsabilidades, que tan precozmente les son ofrecidas. Qué desacertada conducta la de esas madres que siempre están haciendo ver a sus hijos cuánto se han sacrificado por ellos, cuán agradecidos deben estar los niños hacia sus madres... No hay un alma infantil capaz de asimilar esa dosis letal de responsabilidad precoz. Tampoco deben los padres plantear diariamente ante sus pequeños los problemas de la vida, creyéndolos capaces de hacerle frente. Especial atención hay que tener con las preocupaciones económicas. En este capítulo importa mucho la actitud de los padres frente al problema económico.

5.—Respeto

Antes se hablaba mucho del respeto que los hijos deben a sus padres y apenas del que deben los padres a los hijos.

Entendemos por respeto, el conocimiento de hasta donde han de llegar los derechos propios y donde comienzan los del prójimo.

Nos imaginamos que este apartado va a suscitar mucha sorpresa en los padres, en general bastante irrespetuosos con sus hijos. El niño tiene derecho y aun necesidad de que sea respetada su individualidad. Y la individualidad de los hijos es algo muy distinto de la individualidad de los padres; el niño tiene desde muy pequeño ciertos derechos que no pueden ser conculcados por ninguno de los mayores que le rodean. POR NINGUNO, NI LOS PADRES.

Alguien con mucho humor ha escrito que "el abrigo es un artefacto inventado para que la madre se lo ponga al hijo cuando **ella** tiene frío". No se

trata de maldad, ni mucho menos de mala voluntad. Se trata sencillamente de suponer en el hijo los deseos y sentimientos propios, ignorando los que él pueda tener por su cuenta.

Más trascendental es aún el problema de los estudios. Son muchos los padres que creen —sinceramente— que su hijo debe ser un prodigio y así se lo dan a entender y hasta lo exigen literalmente. Muchos de los problemas escolares son debidos a que se les exige un rendimiento superior a sus fuerzas. Pero aún cuando sea capaz de tal rendimiento, la presión emocional ejercida sobre él con las exigencias paternas, lo lleva a rendir un tanto por ciento pequeño de sus posibilidades. Ha de decirse lo mismo con la profesión que haya de escoger para su vida futura. Ni siquiera hay que forzar el deporte que hayan de cultivar o las prácticas religiosas que hayan de ejercitar. La meta ansiada por los hijos no siempre coincide con la ansiada de los padres y estos deben **respetar** los deseos de los hijos. Y cuando llegue la hora de que el hijo se case, aparte de un consejo sincero y desinteresado y una orientación conveniente, no deben ser los padres los que elijan al novio o a la novia. Hay que respetar la elección de los hijos, aunque nunca estarán de más los consejos. Con oponerse no siempre se conseguirá impedir la desgracia de los hijos, y ésta se soporta mejor cuando ha nacido de su propia y libre elección.

Pero no basta con el respeto que se tiene al niño. Es indispensable crear en él el respeto a sí mismo. Todo hombre necesita tenerse a sí mismo un mínimo de respeto y de estima para poder afrontar la vida. Dificilmente se respetará a sí mismo quien no ha sido respetado por sus padres... Toda agresión que haga sentirse al niño inadecuado e inferior, despertará en él reacciones defensivas. Si el niño no logra la suficiente confianza en sí mismo, se ajustará difícilmente al colegio, la pandilla, la Universidad, el trabajo o la vida.

6.—Reconocimiento

Un recurso formativo de primer orden es el aplauso a aquellas formas de conducirse que se quieren lograr. Más que la reprensión por lo que no se debe hacer ayuda a ser bueno el elogio por lo que se debió hacer o se hizo. El niño, como el adulto necesita reconocimiento a sus méritos, aprobación de sus buenas acciones.

Desde la más temprana edad se deja ver esta necesidad. Las primeras gracias del niño son hechas para despertar hilaridad y agrado, y por lo menos, porque sabe que las produce. No es cuestión de vanidad, como frecuentemente se suele decir, sino de formación de la personalidad. El único criterio que el niño tiene para discernir entre el bien y el mal es la aprobación o reprobación del adulto. El niño (y ¿a caso no el adulto?) no reconocido en sus méritos se torna inseguro, antisocial, se siente en desgracia.

Es algo que no nos cansaremos de repetir. Con mucha facilidad se reprende lo mal hecho, y rara vez se elogia lo bueno. “Esto, —se dice— se da por supuesto”. No, no se da por supuesto. El hombre necesita alimentar sus buenos deseos y su buena voluntad con la alabanza de sus buenos actos. Este es pecado en que incurren con demasiada frecuencia y reiteración los padres de familia, los educadores de los colegios y hasta los superiores, fáciles en representar y cortos en elogiar. Recuerden que tanto representan a Dios cuando en su nombre advierten de las deficiencias, como cuando en

su nombre también alientan con una sonrisa aprobativa. Dios no sólo castiga, sino que también premia. Hay que recurrir, mucho más, al "Euge serve bone et fidelis", del Evangelio. No debe dejarse todo el premio para el cielo, como no se deja tampoco todo el castigo para la eternidad.

Lo que nunca debe hacerse es valerse de la comparación. Será poco todo el cuidado que se ponga en este capítulo. Los padres prudentes deben revisar las notas del colegio de sus hijos, por separado a cada uno de ellos, sin establecer paralelos con la conducta de los otros hijos.

Esto no quita que a un muchacho se le pueda estimular con el ejemplo edificante de un compañero más aplicado, o más social, o más trabajador. El secreto estriba una vez más en la forma cariñosa y constructiva con que se haga esta comparación.

7.—Espacio

El niño descubre el mundo a través del juego en su pequeño mundo. Tocando, probando, tirando y rompiendo, el niño aprende la naturaleza de las cosas y lo que él puede hacer con ellas. Corriendo, jugando y manipulando objetos desarrolla sus capacidades físicas y sus aptitudes.

Necesita, por lo tanto, un espacio dentro de la casa donde él pueda aprender lo que es el mundo: y un espacio fuera de la casa, donde pueda desarrollar su capacidad de defenderse en ese mundo.

El conflicto especial surge cuando la mamá ha arreglado primorosamente la casa, llenándola de adornos, y en ese momento entra en escena el nuevo personajillo que amenaza con la destrucción de todo.

Es muy importante que el niño tenga en casa un lugar donde él pueda hacer cuanto se le antoje. Si a él se le respeta escrupulosamente su lugar, él aprenderá a respetar también los predios de la mamá.

Impelido, lleno de curiosidad, hacia un universo que está descubriendo, se siente el niño compelido a tocarlo todo, a meterse en todo.

El radio de acción del niño fuera de casa tendrá que ir siendo cada vez mayor a medida que el niño crezca. Bien pronto querrá salir a la calle a jugar con sus amiguitos y ello deberá ser permitido siempre que no exista **peligro real**.

Haciendo cosas, sabrá mejor para que sirve, y si no se le permite hacer nada, difícilmente lo averiguará.

8.—Independencia

Sólo muy tarde (hacia los 20 años) se alcanza la madurez emocional, intelectual, física, que hace posible cierta independencia. Porque una absoluta independencia no se obtiene nunca. Pero no hay que olvidar que saber ser independiente no es algo que se logra súbitamente al arribar a dicha edad. La independencia se va logrando paulatinamente y progresivamente como el desarrollo físico.

En el recién nacido no existen ni vestigios del deseo de ser independiente. El depende totalmente de su madre. Pero en cuanto apunta la razón, se deja ver la lucha por la libertad y por la propia afirmación. Le gusta al niño tomar sus propias decisiones, hacer sus propios planes, jugar los juegos que le gustan, andar libremente en el espacio que se le ha asignado.

No son demasiados los padres que admiten que es necesario, imprescindible respetar estos brotes de "lucha independista", cuando no van en detrimento de los derechos del prójimo o no constituyen peligros para el niño.

Creemos que el niño tiene derecho de disponer libremente de sus "propiedades" mientras no ataquen los intereses de otro, sean o no éstos de sus padres. Es indiscutible, por ejemplo, el derecho del niño a destrozar un juguete caro que se le acaba de regalar. Por eso es conveniente regalar al niño juguetes apropiados a las condiciones psicológicas de su edad.

En lo que respecta al manejo del dinero, nos parece conveniente la medida de entregar al muchacho su asignación semanal, tan pronto sea él capaz de administrarla. Si la dilapida las primeras veces, la experiencia le enseñará la necesidad de un buen manejo de su pequeña fortuna. Hacia la pubertad, el muchacho debe y puede ser capaz de administrar por sí mismo la asignación mensual.

Es evidente que en las decisiones más importantes y trascendentales no tiene el niño ni voz ni voto. Ningún niño tiene derecho, por ejemplo, a decidir si va a ir o no al colegio, si se ha de curar o no de una enfermedad.

Pero precisamente por estas obligadas limitaciones debe tenerse el cuidado de respetar la opinión y su libertad en aquellas cosas en que, por ser de menos cuantía, la prudencia parece permitirla.

9.—Autoridad

Entramos en el apartado más difícil y en el que más dificultades encuentran los actuales educadores. Son muchos los que pecan por carta de más y muchos también los que pecan por carta de menos. Tal vez sea el punto educacional en el que es más difícil lograr un equilibrio. Es todo un arte el saber exigir los propios derechos sin lesionar los del prójimo, atemperar la agresividad con el respeto, limitar el campo propio para convivir con armonía con los semejantes. Hay que admitir que el niño tiene una verdadera necesidad de conocer el significado de la autoridad, y de conocerlo prácticamente. Para que el niño vaya desarrollando su personalidad, al principio potencial, luego, real; es indispensable darle normas, patrones de conducta a las cuales deberá ajustarse y amoldarse. Y estos patrones y estas normas sólo se las puede dar la **autoridad**.

La autoridad no es, pues, solamente una conveniencia en la vida del niño, sino una verdadera necesidad vital. Pero la autoridad para que sea eficaz debe ser:

Caríñosa. Es decir, inspirada en el bien del niño, no en la satisfacción de las pasiones de quien manda. El niño percibe perfectamente los sentimientos y los motivos que impulsan a los padres, aún antes de poseer el uso de la razón. Cuando detrás del ejercicio de la autoridad se esconden la violencia, la ansiedad o el miedo, el niño reacciona rebelándose, pero cuando está inspirado en el amor, la reacción del niño es educada.

Razonada. No decimos con este epíteto que toda orden debe ser explicada al niño. Más importante es que el padre razone sus órdenes y regaños, que actúe de un modo lógico y seguro.

Justa. La injusticia irrita al niño más que a nadie. Da lugar no sólo al resentimiento contra el progenitor que de ese modo actúa, sino también a sentimientos de rencor contra los que injustamente cree favorecidos.

El niño tiene derecho a que se le de la razón cuando la tiene. El niño no debe ver nunca que se le castiga por desahogar la irritación de sus padres. Esto es fatal y de las más tristes consecuencias.

Una: La autoridad dividida engendra inseguridad. La cosa es tan importante que a veces es preferible ratificar una orden injusta, aunque sea transitoriamente, que a discrepar los padres delante del hijo. Si la madre impone un castigo el padre debe ratificarlo. Aunque será conveniente que después a solas liquiden ellos su discrepancia.

10.—Religión

La religión debe formar parte de una personalidad bien equilibrada, armónica y ponderada. La Religión no sólo es buena sino **necesaria**. Y, por consiguiente, también los sentimientos religiosos y, por consiguiente, la **religiosidad**. La fe no pertenece al orden o categoría de los sentimientos, pues es una convicción, pero sí la religiosidad, y es posible que la fe sin la religiosidad sea difícil de mantener. La Religión en el hogar más que enseñarse se **inspira**. Son el ejemplo de los padres y la actitud de los mismos los que día tras día pesan verdaderamente en el ánimo del niño. La vida espiritual depende mucho más de lo que suele creerse de la vida emocional. Quien tenga seriamente perturbadas sus emociones, necesariamente registrará tales perturbaciones en su vida espiritual o religiosa.

Un niño inseguro emocionalmente, mostrará inseguridades también en su vida religiosa. Un niño miedoso llevará sus miedos a la vida espiritual. Un niño que no ha sentido el amor de sus padres, o se ha sentido rechazado de ellos, desconfiará muy fácilmente del amor de Dios. Un niño ahogado por una rigidez excesiva, adolecerá casi siempre de demasiada rigidez en su vida espiritual o se verá atormentado por escrúpulos de conciencia. Un niño menospreciado puede convertirse en "ateo", aunque no sea más que por mortificar a sus padres o llamar la atención sobre su persona.

La formación de la personalidad de un niño es una responsabilidad con consecuencias hasta en su vida sobrenatural.

Conclusión

Terminemos esta consulta que forzosamente ha tenido que ser muy esquemática, principalmente por el reducido espacio de que disponemos para su inevitable extensión. Pero con lo dicho creemos haber dado a los Padres de familia y a los educadores una idea provechosa y una orientación suficiente.

Esperamos serán meditadas y aplicadas en esta tarea tan imprescindible en todos los tiempos y más especialmente en nuestros días.